



La ciudad sin orillas

**Crónicas migrantes
en Nueva York
y otros territorios**

Coordinación y prólogo:
Brenda Navarro

Esta antología presenta las crónicas de dieciséis autoras y autores que comparten el español como lengua materna, así como el interés de “escribir y escribirse”, de hacer de la escritura una herramienta para la denuncia, la resistencia, la crítica social y la reivindicación de la memoria histórica, la desarticulación de estereotipos, el autodescubrimiento, el activismo y la reflexión sobre diversas experiencias de migración y vida tanto en Nueva York como en otros territorios. Este conjunto de textos, narrados desde perspectivas profundamente personales, son también una representación de la diversidad de voces y acentos hispanoamericanos residentes en Nueva York, de sus luchas y resiliencias en una ciudad vibrante y contradictoria, donde las personas en tránsito no sólo la habitan, sino que la transforman y la reclaman como propia.

Álvaro Baquero-Pecino • Ana Juárez Vázquez • Ana María Granados Romero • César Barros A. • Claudia Giribaldi • Eduardo Olivares Rizzo • Ernesto Mendoza • Fernando Valencia • Florencia Davidzon • Gonzalo Martínez Herrera • Irma Gallo • Laura Chacín Salerno • Marlen Castillo • Miguel Foronda Álvaro • Nuria Mendoza • Sara Caba



UNAM
Nuestra gran
Universidad

70
años
1955 - 2025

Publicaciones
& Fomento
Editorial



**CU
NY** Mexican Studies
INSTITUTE



FERIA INTERNACIONAL
DEL LIBRO
DE LA CIUDAD DE NUEVA YORK

La ciudad sin orillas

**Crónicas migrantes
en Nueva York
y otros territorios**

Coordinación y prólogo:
Brenda Navarro

Álvaro Baquero-Pecino • Ana Juárez Vázquez • Ana María
Granados Romero • César Barros A. • Claudia Giribaldi •
Eduardo Olivares Riffo • Ernesto Mendoza • Fernando Valencia
• Florencia Davidzon • Gonzalo Martínez Herrera • Irma Gallo •
Laura Chacín Salerno • Marlén Castillo • Miguel Foronda Álvaro
• Nuria Mendoza • Sara Caba



UNAM
Nuestra gran
Universidad

**CU
NY**

**Mexican Studies
INSTITUTE**

México 2025

Contenido

Cometimos la osadía de decir cosas (Prólogo)	7
<i>Brenda Navarro</i>	
Los grillos	13
<i>Álvaro Baquero-Pecino</i>	
Hoy bailo con la muerte	26
<i>Ana Juárez Vázquez</i>	
Pan y presagio	37
<i>Ana María Granados Romero</i>	
Sanhattan	46
<i>César Barros A.</i>	
Un nuevo comienzo	62
<i>Claudia Giribaldi</i>	
Puertas que se abren y se cierran.	68
<i>Eduardo Olivares Riffo</i>	
La Banda de los Cinturones	79
<i>Ernesto Mendoza</i>	
Vulnerable.	85
<i>Fernando Valencia</i>	

Con la ñ y nada más	94
<i>Florencia Davidzon</i>	
Trasplantados	109
<i>Gonzalo Martínez Herrera</i>	
Seis paradas de México a Nueva York	117
<i>Irma Gallo</i>	
Manual para recordar	130
<i>Laura Chacín Salerno</i>	
La deuda de los veinte mil dólares	136
<i>Marlen Castillo</i>	
Los gritos de las paredes	142
<i>Miguel Foronda Álvaro</i>	
Quién conoce a Roy Savoy	157
<i>Nuria Mendoza</i>	
La luz del sol	168
<i>Sara Caba</i>	
Semblanzas	175

Con la ñ y nada más

Por Florencia Davidzon

"Es que mi papá no tiene dinero", dijo Ana, sonriendo y llevándose las manos a la boca para tapar el enorme vacío en su paladar que ostentaba la ausencia de sus dientes de leche. "Duermo en el suelo con mi hermana", agregó, explicando que eso sucedía desde que una nueva familia de inmigrantes, como la suya, había llegado de Ecuador y que ahora tenían que compartir el espacio con ellos. "En un colchón", asumió la inexperta tutora escolar desde el fondo de un salón de segundo grado de primaria en la ciudad de Manhattan. Sin esperar respuesta, y queriendo que Ana aprendiera una palabra nueva en inglés, dado que la mayoría de los niños a su cargo no dominaban el idioma, dijo: "Mattress, colchón se dice mattress". Luego le pidió que lo repitiera, confiada en que pudiera incorporar esa palabra. "Dormimos en el suelo —repitió Ana, segura— sobre una sábana. No tenemos colchón", aclaró entonces, sonriendo y apresurándose a preguntar: "¿Cómo se dice sábana?". La tutora, que estaba a cargo de niños con dificultades de aprendizaje, se sumió en un largo silencio.

El primer día que traspasó la puerta y subió los peldaños de la escuela, la tutora leyó en los escalones: "Believe in

Con la ñ y nada más

yourself", "Help others", "Persevere", "Try new things", "Have patience", "Make friends". Se ilusionó, recuerda. Sintió la energía positiva y el color que la abrazaban a ella y a toda esa generación de afortunados niños. Esa recepción era muy diferente de lo que había sido su propio paso por la escuela primaria, en los años setenta, durante la dictadura militar argentina en Buenos Aires, donde los infantes eran tratados como una *tabula rasa*, que debía llenarse de conocimientos por los adultos. Ella recordó cómo todos iban iguales, debajo de un guardapolvo blanco. Las niñas, además, tenían que llevar vinchas, el cabello atado, usar pollera por debajo de las rodillas y medias altas. Ese atuendo tenía el objetivo de igualar y sellar, de alguna manera, el pacto entre las familias y el Estado; la escuela prometía dar no sólo educación, sino también equidad e inclusión a la niñez. La tutora no logró recordar que se hubieran preocupado por acompañarlos con algún tipo de frases motivadoras; más bien, el silencio y el vacío de las paredes intensificaban sus miedos.

En Estados Unidos había pocas cosas públicas y gratuitas, una de ellas era la escuela primaria. Al igual que en Argentina, la escuela primaria prometía ser parte de la solución a cuestiones sociales y ofrecer inclusión e integración. Desde los estatutos, además, se refundaban con tolerancia cero a la discriminación por origen, religión, raza o color. Por eso, tal vez, cuando le confirmaron su trabajo como tutora para dar apoyo a niños sin manejo del inglés, sintió dicha, y

una luminosidad nueva se le escapó del rostro, a pesar de que la tarea encomendada venía acompañada de un salario bastante flaco. Después de muchos años de sentirse una inútil social, su trabajo, al fin, tendría un impacto real en la vida de otras personas.

Llegó a las diez de la mañana, cuando la clase ya había empezado. Estaban aprendiendo matemáticas, algo que ella creyó que sería incapaz de enseñar a nadie, y sintió nervios. Se mantuvo en silencio mientras miraba los muchos carteles colgados por todo el salón. Tenían el mismo tono que los de la entrada: "We apologize and forgive", "We celebrate success". El mensaje que más le llamó la atención fue una gráfica titulada "Mood Meter", un termómetro didáctico para dar cuenta de las emociones. Este póster tenía cuatro espacios marcados para que los niños pegaran sus estados de ánimo y se expresaran. Los ejes que los cruzaban eran "energía" por "placer", en una escala de menos a más, creando así un cuadrante muy positivo, dos no tanto y uno nada positivo. Sobre los espacios había caritas al estilo de emojis, con los nombres de algunos niños del salón, quienes ya habían pegado allí sus estados de ánimo de ese día. De vez en cuando, alguno se paraba y agregaba su nombre o modificaba la posición que había colocado con anterioridad.

De inmediato, a la tutora la apabulló la cantidad de reglas que existía en ese lugar, y que todos parecían conocer a la perfección, menos ella. Por ejemplo, había un cuaderno

en la entrada para anotar el nombre y el horario en que un alumno dejaba el salón para ir al baño o a la enfermería; también había reglas para participar por turnos, levantando la mano; otras, para ocupar o desocupar lugares en la alfombra, donde todos se sentaban para escuchar las clases más teóricas, en sus números y colores asignados; reglas para armar oraciones y dar respuestas. Estas últimas se reforzaban con carteles, donde se les recordaba a los niños que debían ser frases completas, como: "Yo creo que...", "Estoy en desacuerdo... porque...", "Sé esto porque...", "Puedo probarlo... porque...", "Me di cuenta de que...", "Para resolver esto usé la siguiente estrategia...". También había pautas de castigos: para los inquietos, los distraídos, los que hablaban sin permiso, los que se enojaban, los que preferían jugar, soñar, o simplemente no podían seguir tantas normas. Entonces eran cariñosamente reprendidos o tenían que llevar a sus hogares cartas para los padres, seguidas por reuniones extraordinarias y otros tipos de reprimendas.

De aquella clase era Miss Claire, la maestra a cargo, que, con un timbre de voz dulce y una modulación pausada, se encargaba de recordar las pautas para motivar la participación. Además, ofrecía premios en forma de puntaje o estrellitas. También hacía reconocimientos en voz alta a cada alumno: "Muy bien, Nadine", "Muy bien, Alex", y así, para que todos escucharan y los otros niños también, en eco, repitieran y felicitaran al unísono: "Muy bien, Nadine", "Muy bien, Alex", por ordenar el salón, por no hacer ruido,

por ayudar a otros compañeros, por ofrecer un punto de vista nuevo, por intentarlo o por acertar en el resultado esperado.

La habilidad de Miss Claire para manejar a ese grupo heterogéneo, hiperactivo y de veinticinco niños le resultó admirable. La profesora tenía una capacidad de escucha increíble y podía repetir una y otra vez su misma explicación sin fastidiarse nunca por ello. Modulaba lento y pedía que los niños repitieran juntos con ella, en inglés: "Medio", "Cuarto", "Decena", "Centena". Hacía preguntas, y todos los niños levantaban las manos, emocionados e impacientes, queriendo ganarse sus estrellas. Lograba mantener la energía alta y la atención focalizada. Por esa destreza suya, tal vez, la tutora sintió aquella primera vez que había entrado a una fiesta de cumpleaños, más que a un salón de clases, donde Miss Claire era la gran animadora sin nariz de payaso.

Claro que había quienes se dispersaban y se acostaban en el suelo, quienes se ponían los dedos en la nariz, quienes se abrazaban con otros amigos, se decían secretos y levantaban las manos de a dos para responder juntos. También estaban quienes se paraban sin hacer la seña del puño, como exigía el reglamento que pronto la tutora aprendió para pedir ir al baño. Y quienes se enojaban cuando no se les elegía para responder, y hasta quienes se largaban a llorar porque no podían con la impotencia de ciertos retos y de sus equívocos. Para todo eso, la maestra insistía en la importancia de saber mantener los problemas pequeños, como eran: pequeños. Cuando la dispersión aumentaba, o cuan-

do las conversaciones subían de volumen, Miss Claire usaba un cantito pidiendo silencio, pronunciando cinco veces "sh" con ritmo autoritario, masajeado por una melodía pegadiza. No había vincha, no había cabello atado, no había uniforme alguno, sino coquetería, comodidad y muchos tenis de agujetas desatadas que los niños aún no sabían atar.

La tutora recién llegada siguió de pie, como una momia; le costó dejar la perplejidad que le causó tanta tecnología en ese salón: la cámara para uso didáctico sobre una superficie donde se mostraban elementos, fichas, textos, etcétera, que se proyectaban en la pantalla inteligente donde se podía escribir y borrar —en lugar de la pizarra de sus recuerdos, que era de tiza—; la biblioteca de centenares de libros nuevos que tenían en el salón; las seis mesas para cuatro personas con sillas enanas dispersas por la sala para trabajar, y más. Todo eso la dejó sin palabras, porque sólo podía pensar en su salón en Buenos Aires, donde solía entrar el frío por las ranuras de las ventanas que no cerraban, el calentador de gas que nunca alcanzaba y la obligaba a aprender a escribir con pluma de tinta, con los guantes puestos.

Ese primer día, un niño, al que le quedaban también pocos dientes como a Ana, dejó su tarjeta con carita triste en el cuadrante de baja energía y bajo placer, con su nombre: "Juan", y se volvió a sentar sin que nadie lo notara, más que ella. Luego empujó a otros niños y se alejó de todos haciendo berrinche. Solo y atrapado en un ataque

de nervios, hablaba en español para sí mismo. Ella se acercó, pidiéndole que le explicara qué le pasaba. Podía decírselo en su idioma, le propuso, que era el mismo que el de ella. Él se calmó, pero enmudeció al oírla en español; no quiso hablarle. La tutora tuvo que insistir, sentarse en el suelo, a su altura, y esperar junto a él con paciencia. Su inexperta e improvisada estrategia dio frutos, porque de pronto Juan la miró fijamente y le confesó que no podía hablarle, ya que nunca había conversado con una persona "tan" mayor. Ella se rio, y él también. La tutora le preguntó si no tenía abuelitos o abuelitas, que seguramente ellos serían mayores que ella. Juan lo pensó un instante, se puso serio y calculador, y luego admitió que sí, que su abuelita sería más grande, pero no se acordaba, hacía mucho que no la veía. Ella le preguntó de dónde era, y orgulloso dijo ser venezolano. Entrando en confianza y limpiándose las lágrimas, se acercó a su oído y le confesó que estaba triste porque otros niños tenían bolsas para el almuerzo, pero que a él su mamá nunca le mandaba nada. Cuando escuchó esto, la tutora se alarmó, aquel niño no se veía desnutrido ni obeso, tampoco desalineado o con signos de negligencia de sus padres; sin embargo, acudió con preocupación a Miss Claire, quien le agradeció y le aconsejó no preocuparse, ya que Juan comía la comida que le proveía la escuela. Además, le advirtió que él estaba teniendo desafíos familiares: sus padres se habían separado, el padre se había marchado a otro estado llevándose a su hermano mayor, y su madre tenía ahora un

nuevo compañero. Este tipo de situaciones le podía pasar a cualquier niño de ocho años, pensó la tutora, pero la maestra agregó, en una frase corta, buscando su comprensión y usando un eufemismo, que Juan llevaba poco tiempo en el país y que todavía cargaba con "esos recuerdos". La tutora se sintió incapaz de dimensionar todos "esos recuerdos" que cargaba el niño, pero entendió que los emojis que Juan tenía a la mano no le alcanzaban para resolver su torbellino ni para pedir lo que necesitaba en un idioma que tampoco conocía.

A partir de entonces, la nueva trabajadora se empezó a sentar cerca de Juan, que buscaba llamar la atención, pelear y quebrar todas las reglas que podía. Él estaba siempre inquieto, como un volcán a punto de erupcionar; no podía permanecer más de cinco minutos seguidos en su silla y sólo quería jugar en el fondo del salón, con la computadora o con algún libro, sin querer seguir ninguna clase. La estrategia de Miss Claire y de la escuela fue darle un reloj de arena para regular su tiempo de escucha durante las clases y el de juegos, así que Juan se la pasaba caminando por el salón, olvidando el reloj de arena en todas las áreas del salón por donde aterrizaba por un brevísimo tiempo. Los adultos que trabajaban en la escuela hacían esfuerzos importantes para apoyarlo —maestros, tutores y pedagogos—, porque querían que todos los niños, por igual, pudieran integrarse y avanzar al ritmo de lo esperado, pero no podían tapar el sol con una mano. En el caso de Juan, las recetas de edu-

cación moderna, de frases bonitas inscritas por todos lados, resultaban poco efectivas para lidiar con "esos recuerdos". Además, lo que él reclamaba era atención, amor; no parecía interesarle tanto el rendimiento escolar. A diario le preguntaba a la tutora por qué él no tenía amigos, por qué nadie los quería en este país, siendo incapaz de ver que, si él rompía las reglas, pegaba y seguía sin dominar el idioma, los otros niños, en el mejor de los casos, lo seguirían ignorando. Los niños problemáticos no nacen problemáticos. Llegan a la escuela con expectativas de aprender, de sobresalir y de ser aceptados. Así que cargan, además de cuadernos y libros, con toda su intemperie personal. Y aunque Juan buscaba estar a la altura del resto de sus compañeros —era competitivo, quería ganar en todo, ser parte de las grandes ligas—, recién llegado y viviendo en un hotel transitorio, con una familia desmembrada, recibía más golpes que abrazos.

También estaba Ana, la niña de Ecuador, que tenía el cabello largo y lo llevaba amarrado con ligas de estrellitas con brillantes, y que le tocó la pierna apenas la escuchó hablar en español con Juan. Ana se levantó de su silla pequeña y cruzó el salón sin pedir permiso para darle la bienvenida. La tutora, con curiosidad y maravillada por el color azabache de su cabello, le preguntó cómo se llamaba. Se lo preguntó en inglés, pero Ana se quedó en silencio y bajó la mirada, abandonando su alegre semblante y su primera sonrisa pícaro y cómplice. Otros niños junto a ella la excusaron, explicando que ella no hablaba. La tutora frunció

el ceño, ¿sería muda?, se preguntó. Luego comprendió que no, que el problema era que no sabía nada de inglés, y en ese momento también entendió por qué la había observado antes tan obediente, deambulando por el salón, siempre de última e imitando a todos, copiando las respuestas de otros, repitiendo a destiempo. Entonces, la tutora le habló en español y a Ana se le iluminaron los ojos. La tomó de la mano y la llevó al rincón donde tenía sus cuadernos, para mostrarle un librito que estaba lleno de dibujos, en el que ella misma se había calificado con muchas A+ en todos los tamaños.

Ana, al tener la oportunidad de ser escuchada en español, no paraba de hablar de forma verborreica y desordenada. Dijo que le gustaba el guisado de tomate, que su mamá estaba esperando un nuevo bebé, que sería otra niña, que habían llegado hacía menos de un año al país, que habían ingresado a pie —como Juan—, después de que sus tías fueron detenidas varios días en la frontera. Y Ana seguía, sin pausas y sin tabúes. Comenzó a contar que ella y su familia llegaron a Nueva York tras pasar días en la cárcel y después de tomar muchos autobuses por varios caminos, desde su pequeño pueblo, a kilómetros de Quito. Nada de la historia que contaba le causaba emoción alguna, pero sentía una intensa emoción y alegría de haber viajado por primera vez en un avión y llegar a Nueva York junto a su madre y sus hermanos, y de lo mucho que se sorprendió cuando aterrizó en una ciudad completamente nevada. También dijo, muy

de paso, que a su papá no lo dejaron seguir con ellos, que había quedado preso un tiempo allí, pero no supo explicar cómo ni por qué, sólo bajo la cabeza y miró al suelo un instante. Agregó, mientras tomaba un lápiz y se disponía a dibujar, que habían vivido en un hotel cerca de la escuela, y que por eso la habían anotado allí, y que luego se fueron a vivir más lejos, por el Bronx, y que diario tomaba el metro número seis, el de color verde, dijo, orgullosa de saber a la perfección la línea de metro que la dejaba a pocas cuadras. La tutora preguntó dónde estaba y cómo era su casa, y la niña dijo que era un departamento pequeño, en una planta baja, pero que ella perdió el sofá en el que dormía con su hermana al tener que compartir la vivienda con otra familia, ya que su padre se dedicaba ahora a labores de pintura, —que “pintaba casas”, dijo pícaro—, aunque en Ecuador nunca había pintado nada, y que ahora, en realidad, tampoco, porque se había quedado sin trabajo.

Ana tenía una excelente memoria y era muy rápida para las matemáticas cuando se le explicaban las consignas en su idioma. Pero era tan inteligente como insegura, y su voz se quebraba ante el silencio, así que tardaba en responder a las preguntas, porque primero miraba hacia todos lados con los ojos suspendidos, detenida por el pánico, y luego se tocaba las manitas sudadas, para después tartamudear; y, si las palabras le seguían faltando, entonces bajaba la mirada y la clavaba en el suelo. A Ana no le faltaba capacidad, porque podía hacer sumas y restas con números de

una, dos y tres cifras antes que el resto, en lo que Miss Claire llamaba la estrategia de “vertical form”. Por ello, la tutora se empeñó en sacarla de su bloqueo y silencio. La alentaba, le pedía que mejorara cosas que sabía que podía hacer: que mejorara su escritura chueca, desproporcionada, de letras inversas, o que redondeara mejor sus ceros. Y como no lograba transmitirle la idea, entonces le sugirió que los hiciera como donas perfectas, sin imaginar que ese pedido despertaría recuerdos en Ana, quien interrumpió a la tutora con entusiasmo para contarle que había sido su cumpleaños y que su papá la había llevado a comprar donas. Cuando la tutora preguntó cuáles había elegido, el semblante de la niña cambió. Apenada, confesó que su papá “no pudo pedir” y que ella las tuvo que ordenar. Sus padres no hablaban inglés, explicó. Y ella, llena de pena, tuvo que pedir su regalo de cumpleaños por ellos. Entre risas incómodas, relató la escena de múltiples equívocos entre sus padres y el personal de la tienda de donas. Al final, dijo, tuvo que comer las que le dieron, después de señalar muchas veces la que quería. Pero la estrategia funcionó, porque Ana enmendó el cero.

Si la tutora les dedicaba más tiempo a Juan y Ana, aunque tenía también a su cargo a niños que habían llegado de Japón, España, Italia y Rusia, era porque ellos compartían más que el español, y lo sabían. Juan quería avanzar con velocidad, sin equivocarse, y buscaba que Miss Claire lo reconociera para que lo felicitara frente a toda la clase, pero

se frustraba si tenía que ir al ritmo de Ana. Todos los niños a cargo de la tutora debían trabajar juntos y formar equipo en las actividades de ciencias que les asignaba Miss Claire. Cuando les dejó estudiar a las hormigas, los niños hicieron una mueca triste, pues no eran tan atractivas como otros bichos; sin embargo, Ana mencionó con alivio que al menos no les habían tocado las arañas. "¡Ni las nombres!", pidió a gritos Juan. Ambos tenían miedo hasta de abrir los libritos y ver los dibujos de mosquitos, libélulas, abejas, escarabajos o cualquier otro insecto. Ninguno de los dos quería saber nada de las hormigas. "Odio a los bichos", dijo Juan, a punto de largarse a llorar. "Yo también —confesó Ana—, me hacen recordar a esa selva del camino, ¿a ti también?", le preguntó, tratando de consolarlo. Entonces surgió un largo silencio en el que Ana y Juan se miraron a los ojos sin decir nada más. Juan bajó la mirada y comenzó a pasar las hojas del librito en cuestión, y se encontró con un dibujo en el que una hormiga pequeña cargaba una gran manzana mordida. A Juan se le iluminó la cara y esbozó una pequeña sonrisa: estaba contento de ser del equipo de las hormigas, porque ellas eran poderosas, andaban juntas y nunca les faltaba comida, como le había dicho su mamá. Esto conmovió a la tutora. Sabía que era testigo de algo que no podía capturar en ningún cartelito ni en ninguna pedagogía. Había algo que no lograba repararse, cosas rotas en la vida de estos niños que ella no iba a poder solucionar. Además, la equidad —pensó, convencida— no se conseguía con la

obligatoriedad de la asistencia a la escuela. Era doloroso ser testigo de que, mientras unos regresaban de vacaciones cargando en sus muñecas pulseras de hoteles de lujo, donde gozaban de alimentos "todo incluido", otros confesaban, sin tapujos, dormir en el suelo sobre sábanas, haber dormido entre arañas y hormigas, atravesar ríos contra su voluntad en las noches.

Por eso, no le extrañó sentirse sorprendida cuando se enteró de que Ana repetiría el grado. Era la recomendación tanto de la profesora de fonética como de Miss Claire, quien había sugerido que Ana podría tener problemas de aprendizaje más severos y que, tal vez, requería un tipo de acompañamiento más especializado. A la tutora la invadió una sensación de fracaso, desamparo y tristeza. Se sintió, además, como una traidora, pues sabía el destino de esa niña y, sin embargo, no podía decir ni hacer nada.

En su última clase, decidió despedirse jugando. Propuso un desafío de sopa de letras: los niños a su cargo debían encontrar palabras ocultas, distribuidas de forma desordenada entre letras dispersas en una grilla. Éstas podían aparecer en sentido vertical, horizontal u oblicuo. Primero, se aseguró de que aprendieran las palabras nuevas que debían buscar, hizo que las pronunciaran en voz alta y las repitió lentamente. Luego, las deletreó sobre una pizarra pequeña, procurando trazar cada letra lo más clara y prolija posible. Los niños imitaron su escritura, repitieron el acento, marcado por todas las huellas imborrables de los países en

los que había vivido antes de poder llegar a Nueva York. Les ofrecía una palabra a la vez, y en seguida les daba su significado: "Kite", "Pipe", "Side", "File". Los niños encontraron las palabras con rapidez, porque, si se les explicaba en su idioma y a su ritmo, podían con cualquier desafío, como el resto de los niños de su edad.

Sabrán..., pensó la tutora, sabrán pronto más que yo; su inglés será perfecto. Y se despidió de los niños deseándoles suerte y recordándoles lo especiales y valiosos que eran.

La última vez que estuvo en la escuela, bajó los mismos peldaños por los que había entrado, y, antes de cerrar el portón, dejando atrás las palabras inscritas en esos escalones que ya no le llamaban más la atención, se encontró con las madres que esperaban a sus niños en la salida. Su mirada se cruzó con la de una joven que era igual a Ana, pero con unos veinte años más; sin embargo, no tenía permiso para interactuar con los padres y las madres, así que se siguió de largo, con la seguridad de que no le había cambiado la realidad a nadie y de que su utilidad social seguía en deuda. Quizá la que había cambiado era ella.

Trasplantados

Por Gonzalo Martínez Herrera

Lunes, 5 de febrero de 1992, 09:00 horas

"¡Ya vienen por la cañada! ¡Ahí vienen!" Con una voz quebrada, Alfonsina gritaba mientras corría por el puñado de veredas de la pequeña comunidad de Vista Hermosa. Su grito se filtraba entre los fogones de las casas, las milpas y hasta los lavaderos en la orilla del río. Las mujeres dejaron de tallar la ropa e intercambiaron miradas con sus comadres, mientras que los hombres se quedaron pasmados, con el azadón en mano, viendo rumbo al muro de roca. Por un momento, el recuerdo de las advertencias que los padres y los abuelos hacían sobre su permanencia en esa zona, se instaló en el lugar.

Sobre la cañada, las volutas de polvo adornaban el paso de una procesión de camionetas que serpenteaba por el camino de terracería rumbo a La Vega, uno de los ranchos que, con Vista Hermosa y Rancho Nuevo, formaban una tríada de comunidades de origen hñähñu en la frontera entre los estados de Hidalgo y Querétaro. La caravana transportaba a una cuadrilla de hombres que vestían camisas blancas, quienes se distinguían por los emblemas bordados de las instituciones a las que representaban: la Comisión Fede-

logía Volumen IV: crónica, cuento, microrrelato y poesía. Actualmente cursa el primer semestre de la maestría en Estudios sobre Migración Internacional en el Centro de Posgrado de The City University of New York y combina sus estudios con su interés por la escritura, la lectura y la música.

Ernesto Mendoza (Ciudad de México, México, 1988) es latinoamericanista e historiador egresado de la Universidad Nacional Autónoma de México y del Centro de Investigación y Docencia Económicas. Actualmente cursa el doctorado en el Programa de Culturas Latinoamericanas, Ibéricas y Latinas del Centro de Posgrado de The City University of New York. Sus líneas de investigación son la historia intelectual y la relación entre historia y literatura.

Fernando Valencia (Guadalajara, México, 1986) es documentalista y antropólogo visual especializado en historias de no ficción. Su trabajo nace de un profundo interés por comprender las realidades sociales y políticas de su país natal, una búsqueda que, con el tiempo, lo ha llevado a recorrer diversas regiones de América Latina y Estados Unidos para narrar historias de resistencia y resiliencia. Entre sus trabajos destaca *Semillas: el legado de la tierra*, cortometraje premiado en festivales nacionales e internacionales. Además, ha dirigido otros tres cortometrajes y participó como asesor de producción en el largometraje *La cocina de Las Patronas*. Actualmente, explora el tema de la paternidad desde una mirada autorreferencial, tanto en el lenguaje escrito como en el audiovisual.

Florencia Davidzon (Buenos Aires, Argentina, 1972) es escritora y cineasta. Estudió Ciencias Políticas en la Universidad de Buenos Aires y cursó dos maestrías: una en Cine, en el Maine Media College, y otra en Escritura Creativa, en la New York University. Su primera novela, *La terquedad de las cenizas*, fue publicada en Buenos Aires (Metrópolis, 2024), y actualmente está terminando su segunda novela: *El susurro del polvo*. Ha publicado varios relatos breves, entre los que destacan: *Target* (*RoastBrief Magazine*, 2018), *Nada* (*Temporales*, 2024) y "La moralidad de las hormigas", incluido en la antología *Pies y Perras* (Laguna Libros, 2024). Su producción incluye la escritura dramática y cuenta con tres obras de teatro publicadas. Recientemente inició un doctorado en Ciencias Humanas, en la Universidad Nacional de San Martín, en Buenos Aires, donde desarrolla una teoría sobre el despojo, basada en el mecanismo de exclusión cultural y material en las persecuciones de la Inquisición en Nueva España, México, en el siglo XVII.

Gonzalo Martínez Herrera (Ciudad de México, México, 1992), biólogo y maestro en Ciencias Biológicas por la Universidad Nacional Autónoma de México, es candidato a doctor en Ciencias de la Tierra y Ambientales por The City University of New York. Su investigación se enfoca en los procesos ecológicos y socioculturales que estructuran comunidades vegetales y humanas. Su trayectoria abarca estudios sobre la fragmentación de pastizales, las percepciones campesinas del cambio climático y, actualmente, el papel de las plantas en la creación del espacio geográfico en comunidades afectadas por la presa Zimapán. Ha colaborado